EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11087

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 9 DE AGOSTO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PARÉNTESIS

EL ULTIMO VIAJE

¡Pobre Mecachis!

¡Cuántos amigos tuvo en vida, y cuán pocos fueron después de exhalar el último suspiro!

Aquéllos que más afecto le demostraron, los aduladores que parecían llevarle en el corazón, y los que tantos éxitos alcanzaron con obras ilustradas por el genial artista; esos no le dedicaron ni una modesta corona, ni un recuerdo eterno á la amistad que les unió.

¡Pobre Mecachis! Mientras algo valías para ellos, cultivaron tu amistad; cuando tu alma se despojó de la vestidura que la cubría, y no eras sino materia, rehuyeron rendirte el último homenage.

Tal es la condición humana, que se encubre con girones de falsedad ó hipocresía.

. . . . . .

Envuelto en una nube de polvo marcha lentamente por la carretera un cortejo fúnebre.

Solo tres coches siguen al muerto.

A medida que avanza el cortejo, el camino va siendo más solitario marchando el grupo entre inmensos remolinos de polvo que levanta el aire impregnado en fuego.

Ya se distinguen las tapias del cementerio; ya los imponentes mausoleos rodeados de crucecillas de madera parece que avanzan hacia nosotros y en tanto pasa todo aquello ante nuestros ojos y acuden á nuestra mente multitud de tristísimos recuerdos, el coche avanza con tanta rapidez que sin darnos cuenta nos hallamos á la puerta de la eterna morada.

Las pocas personas que le acompañábamos penetramos silenciosas en la capilla y después de oir el responso y de contemplar por última vez aquella figura demacrada, seguimos al féretro hasta la fosa.

Ocho ó diez puñados de tierra cayeron sobre la caja y al quedar cubierta, todos dimos entre imperceptibles sollozos, el último adiós á Mecachis.

El caballero de la Triste Figura.

GLORIAS NACIONALES

Heróica defensa de Arras.

9 de Agosto de 1640.

Obedeciendo órdenes de su soberano, muy descontento por el resultado que daban las operaciones sobre el Mora, todas las tropas francesas que peleaban en Flandes, 23000 infantes y 9000 ginetes, se concentraron en determinado punto, y juntas marcharon á poner sitio á la importante plaza de Arras, llegando ante sus muros el día 13 de Junio de 1640.

Tanto por su situación como por las excelentes fortificaciones que poseía, Arras, estando bien avituallada y municionada, permitía acariciar la esperanza de poder resistir muy bien un largo y rudo asedio hasta la de cansar al enemigo y obligarle á emprender la retirada, y por tal motivo los 19000 soldados de la guarnición se dispusieron á una defensa larga y enérgica, en tanto que los franceses se dedicaban á levantar reductos, abrir fosos y emplazar baterías, sin dejar de construir cuantas obras eran necesarias para establecer un sitio en regla.

Noticioso el cardenal infante D. Fernando, gobernador de las provincias flamencas, del sitio de Arras, acudió con socorros y el 2 de Agosto atacó las líneas francesas, trabando un combate reñidísimo que duró todo el día. Aunque los españoles que mandaba el duque de Lorena lucharon con gran ardimiento é intentaron varias veces arrollar al enemigo, las líneas enemigas no pudieron ser forzadas, por lo que el infante, no creyendo prudente reanudar la batalla al siguiente día, decidió retirarse.

Los sitiados, en vez de amilanarse por el fracaso sufrido, arreciaron en la defensa, cada día más brillante y hermosa; sabían que estaban abandonados á sus propias fuerzas y las aprovechaban todo lo mejor que pudieran.

Al ver los franceses la tenacidad de los españoles, la cual amenazaba con hacer largo y costoso el sitio, enviaron á decirles que si no se rendían inmediatamente iban á tomar la plaza por asalto, y que después pasarían á cuchillo sin consideración de ningún género á todos sus defensores; estos, por toda contestación, recordaron al enemigo el antiguo refrán flamenco «tomarán los franceses á Arras cuando los ratones se coman á los gatos», gallarda respuesta que llenó de ira á los sitiadores, quienes prepararon las minas con que pretendían destruir las defensas.

Intimada nuevamente la rendición, el gobernador contestó diciendo que para hacerlo esperaba órdenes del cardenal infante, é invitado á que diera respuesta más precisa, manifestó que la daría dentro de tres meses; entonces los franceses hicieron volar las minas, consiguiendo con ello derrumbar grandes trozos de muralla, por lo que ya toda resistencia era inutil. Así lo comprendieron los sitiados, y en su consecuencia pidieron capitular, haciéndolo en honrosas condiciones, tanto que salieron de la plaza con todos los honores de guerra.

MAESE RODRIGO.

(Prohibida la reproducción).

VINDICACIÓN Y REORGANIZACION DE LA ARMADA ESPAÑOLA

I

Hace muchos años que sensibles *causas* nos movieron con profunda pena á dejar el servicio de la armada española, y aunque no entendemos de marina como bien dicen algunos—que entienden de otras cosas—y aunque aquélla solo sea para nosotros una institución de tan fatídicos recuerdos, que cubiertos de luto forman un volúmen; hace 60 años que llevamos el botón de ancla y aunque reconozcamos las deficiencias de sus organismos—que no son pocas en otros institutos—porque en el mundo no hay nada perfecto, duélenos de veras que se le acuse con sañuda forma, de culpas que no tiene, envolviendo en muy agrias censuras esclarecidas reputaciones, y respetabilísimas personalidades que de capitán á pago van donde les mandan, y como los mandan en barcos buenos ó malos, que el oficial de marina no construye, ni conoce hasta que los embarcar, y no son nunca aquéllos responsables en ningún sentido de sus condiciones marineras ni artilleras, militares, ni económicas, ni de sus presupuestos, ni de los deslices de los contratistas, ni del designio de quien los manda hacer—por que lo manda—acaso contra el técnico consejo competente, ni mucho menos de los errores de los constructores que con arreglo á plano y pliegos de contrato—que ellos no examinan—se construyen los barcos, ni garantiza tampoco la bondad y perfección de aquéllos el que se les nombre un comandante al ponerles la quilla, como en tiempos en que un navío con sus cureñas se hacía en dos meses, con madera y clavos forjados en casa, y los cañones se fundían en el reverbero ó en la cabada, con moldes de tierra y con sencillos aparatos de muy fácil manejo, bastando á probarlos llenarlos de agua, «á ver si sudaban».

Aquellos comandantes pronto llegaban á mandar sus barcos, que aunque sin responder del éxito, los conocían como padres que conocen á sus hijos desde que los ven nacer. Así ocurría antes, pero hoy es imposible que durante el dilatado tiempo que los buques en construcción descansan en los astilleros, á veces por la falta de una pieza de ajuste ó de tal forma que ha de encomendarse á Londres, ó por otras muchas causas, subsistan sus comandantes al pié de las gradas, y ninguno hasta el último los vé poner á flote, ya por sus ascensos ó pase á otros destinos, resultando de ello, que cada buque tenga una docena de comandantes antes de salir al mar, y que no lo acabe, por las mismas causas, el ingeniero que empezó á construirlo; y si al par de todo esto, se hacen alteraciones en las construcciones, en los artillados, en los blindajes, en la arboladura ó en los compartimientos ya arbitraria ó gubernamentalmente, acumulando los nuevos adelantos de las demas naciones, puede venir al cabo á suceder que en vez de buques de batalla sean embarcaciones de pasage ó de comisiones, que ya salen ancianas de los mismos diques y que no responden al fin propuesto, ni son útiles para la guerra por su poca marcha ó por otras infinitas causas que reservar debemos.

Al pobre todo le cuesta más caro, y como España no tiene elementos ni fabricaciones de ciertas industrias ni de ciertos objetos, hay que recurrir al extranjero y por otra parte, aunque todos los oficiales de marina fuesen Sénecas, fuera absurdo suponer que hayan de entender de todo y que han de adivinar peligros, fiscalizando prematuramente las construcciones y los innumerables aparatos, pertrechos y artefactos, que se aplican á la armada, y mucho menos hasta el grado de extensión del arte y de las ciencias bélico-navales que á paso de jigante se encaminan á no dejar cerebro sano, en esta aterradora época en la que para todo se necesitan especialidades, pues por grandes que sean el buen deseo y el tradicional espíritu absorbente de la corporación á que aludimos—que lo mismo pasa en todos los institutos—en alas de un laudable celo por sus propios prestigios, que con nadie comparte dentro de los buques, no es sensato exigir que tales individualidades, aun al nivel de las más altas inteligencias, á la vez que marinos y que diplomáticos, para representar á los gobiernos en lejanas regiones, como cumplidamente hicieron en las Carolinas y otros puntos, salvando con decoro complicaciones internacionales, sean también buenos artilleros, ingenieros y astrónomos, náuticos y letrados para aplicar la ley en mar y tierra. Que entiendan de construcción y maquinaria—que es lo más importante—de torpedos y explosivos—que ya no están de moda—y de todo cuanto atañe á las prácticas navales, y que hasta comanden las tropas de los buques en los desembarcos, sin eximirlos más que de lo espiritual y sanitario.

Esto es ya mucho pedir, para exigirles luego tantos éxitos y tantas responsabilidades.

Cuando todo se quiere, todo se pierde, y la verdad es que en España,—siempre de prisa, por ir á los toros—unos abusando y otros tolerando, pocos

---

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 32

La princesa de los Ursinos abrió un cristal, y se asomó sonriendo á la ventanilla.

Entonces el hombre del sombrero gris y de la larga vara adelantó grave y asustado, miró á la princesa, vaciló algunos segundos, como si hubiese tenido que buscar la voz en alguna parte, y dijo con acento inseguro, haciendo callar con una señal de mano al tamboril y al piporro:

—Señora: el ayuntamiento, la clerecía, los hombres buenos, los vecinos chicos y grandes de la villa de Taracena.....

Y se detuvo.

El cura se acercó á él por detrás, y le apuntó apresuradamente y en voz baja algunas palabras.

El alcalde tartamudeó de una manera ininteligible, y se volvió á callar.

El cura había enseñado de memoria un retumbante y sonoro discurso al alcalde: este lo sabía de corrido cinco minutos antes, pero se le había olvidado como si nunca lo hubiera aprendido, con el susto.

—Gracias, buena gente, dijo sonriendo la princesa: estimo en mucho el recibimiento que me haceis, y no lo olvidaré; pero necesito seguir mi viaje.

El alcalde entregó un memorial á la princesa.

—Lo entregaré á su majestad con recomendación,

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 83

dijo esta comprendiendo que en aquel memorial se pedía algo por el pueblo de Taracena.

—¡Viva la señora princesa de los Ursinos! dijo el síndico, que estaba mas sereno que el alcalde.

—¡Viva! gritaron todos.

Y al mismo tiempo sonaron de una manera horrible el tamboril y el piporro.

La princesa se retiró de la ventanilla, y el carruaje se puso en marcha al paso.

El tamboril y el piporro, sonando á cual podía mas, el estandarte, el ayuntamiento, la clerecía, los hombres buenos, los vecinos chicos y grandes de la villa, todos revueltos, todos alegres, porque era necesario alegrarse, todos victoreando, iban á los dos lados y detrás del coche.

Este penetró en el pueblo, y paró al fin delante de la puerta del meson.

En aquel momento, la princesa y Mr. Amelot oyeron, á pesar del repique de las campanas, de los golpes del tamboril, de los descomunales ronquidos del piporro y del estruendo de las doscientas voces del pueblo, unos horribles y desesperados gritos que salían del interior del mesón.

—¿Qué es eso? dijo la princesa al capitan de guardias, gefe del destacamento apostado en el pueblo: ¿quién grita de ese modo, señor conde?

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 36

Y recordó claramente aquellas palabras como si acabara de escucharlas.

—Llevadme al momento adonde están esas dos gitanas, dijo la princesa.

El posadero, asombrado de que una tan gran señora se interesase por tales gentecillas, guió á la princesa al patio, y á la izquierda, bajo un sotechado, á la rojiza y escasa luz de un farol, junto á ese arcon donde se guardaba y se guarda aún en las posadas de los pueblos la cebada, la princesa vió á una mujer tendida en el suelo é inmóvil, y sobre ella, una joven que gritaba y lloraba desesperada.

Detrás de la princesa venían el alcalde, el cura, el ayuntamiento y todas las gentes que cabían.

La princesa tembló: tembló el conde de Rebollos, que tal era el título del capitan de guardias: se estremecieron todos los que allí estaban, incluso el posadero, menos Mr. Amelot, que frío é impasible estaba adjunto á la princesa.

VI

Hubo un momento de sombrío silencio, durante el cual se levantó Azucena de sobre Cinta, y miró con ojos extraviados á los que tenía delante.

—¡Ah! ¡cuánta gente al fin! hace un momento no